

Se sucedieron los días y este amor llenaba su vida, en ansiada espera.....

\* \* \*

Al resplandor de la mañana indecisa los amantes eran ya compañeros.

Y el amor, hecho carne, dulcificó las amarguras del luchador.

Y los dos dolores, fundiéndose, hicieron la alegría, que retozaba en la buhardilla, antes sola y tétrica del cantor de esperanzas y rebeldías heroicas.

Y triunfó la voluptuosidad de la vida, desterrando al dolor, ese fantasma de la soledad de los corazones.....

\* \* \*

—Déjala, Fiacrán, debes ser fuerte, debes ser hombre.

—Sí, buen Héctor, precisamente por ser hombre es que no puedo dejarla. Tú no sabes la gran influencia que ejerce en mi vida esa mujer. Sus ojos misteriosos, llenos de ternura angelical y de picardía satánica son un estímulo para mi vida luchadora: son el fuego que la alimenta.

—No acepto esas renunciaciones, hijas de la debilidad. Que anheles conservar cadenas que te aprisionen, apéndices a tu individualidad, en otro sería disculpable, en tí, Fiacrán, es condenable. La sensualidad que te consume tu la crees fuego que te alimenta, cuando te extingue fatal y tristemente.

—No hables así, querido. Oye y medita. Todo no debe ser condenación en nosotros. Justo es que tengamos un paréntesis de sano, de tierno esparcimiento, una hora de amor, después de tantas de sacrificio y de lucha. Bueno es, cuando torneemos de combate de la tribuna o de la barricada, encontrar un lecho tibio, brazos que nos enlacen cariñosos y besos dulces, dulcísimos que seren en nuestras frentes pensadoras, caldeadas con las llamas de nuestras

ideas de belleza, de armonía, de libertad!.....

—Sí, hombre, sí; bueno es, después de perorar de liberación y de grandeza, entregarnos á nuestra pequeña tirana, para que nos coloque la cadena de su cariño y, no conforme con aprisionar nuestros cuerpos, aprisione nuestra alma también dulce, tiernamente.

—Sí, dulce y tierna confortación—dijo Fiacrán, suspirando—pero de ningún modo aprisionamiento. ¿Por qué hacernos refractarios al amor, por qué no dejar que nuestro corazón se inunde en el mar infinito de la ternura, cuando hay un alma que se funde en la nuestra, ante una Naturaleza que es una perpetua floración de amor: que es vida que se expande ante la suprema indolencia de las cosas?

Ah! la lucha! La lucha es triste y grandiosa: pálida y fría.....

Y calló, mientras su mirada seguía la espiral que formaba el humo del cigarrillo, como evocando sus horas pasionales, esas horas que pudo robar a su vida de combate y agitación, a sus libros y a sus cuartillas, únicos compañeros de su soltería triste y dolorosa, allá, en el cuarto frío y tétrico, que ahora alegraba ella, con la melodía de sus risas y el perfume de su aliento.

Y, como despertando ante esa evocación consoladora, como si fuese su corazón el que hablase, continuó:

—Tú no sabes de mi vida ni de mi amor; tú no conoces el poema triste, tristísimo que unió nuestras vidas dolorosas; tú no puedes condenar, querido mío, porque sería cruel tu condenación; crueles tus apreciaciones; serían fúnebres alaridos en la trágica muerte de mis esperanzas.

Une el amor al dolor; concibe dos dolores que se aman; imagínate dos ramas tronchadas por el huracán de la iniquidad social, que al caer se entrelazan y se funden y tendrás esa unión que hoy quieres que rompa, en